

obra, siendo víctima de los contrapuestos sentimientos que agitaron su espíritu durante casi toda su existencia. Habla sinceramente cuanto se manifiesta dispuesto á sacrificarlo todo á los intereses generales de la alianza, y sin embargo, no abandona ciertas miras particulares inconciliables con ellos. No admite que se discuta el derecho divino de los reyes, y á pesar de ello, se conceptúa liberal. No declarará la guerra á sus aliados; mas provocará los recelos de algunos y espiará sus pasos con desconfianza. No emancipará á los pueblos y hasta concluirá por combatirlos; pero fomentará el impulso de su emancipación, de que otros sabrán aprovecharse mejor que él.

Alejandro I, como todos sus predecesores desde los comienzos del siglo décimo-octavo, consideraba fin primordial de su política el acelerar la decadencia y consumir la ruina del Imperio otomano. En mil ochocientos doce, desistió de la guerra contra el sultán Mahmud ante la necesidad de defenderse de Napoleón. Vencido el terrible corso y restablecida la paz en Oriente, tornó sus miradas al antiguo «proyecto turco» de Catalina II. Rusia era dueña del Danubio en su desembocadura; se corría al Sud del Cáucaso y amenazaba el Asia Menor; dominaba el mar Negro por Crimea, y su derecho de protectorado sobre Moldavia, Valaquia y Servia le permitía ingerirse, de continuo en los asuntos de la Puerta. Interpretando á medida de sus deseos el tratado de Kainardji, de mil setecientos setenta y cinco, de cada vez eran mayores sus pretensiones á ser reconocida como mediadora entre el gobierno del Sultán y la masa entera de sus súbditos cristianos. Ignoraba aún de qué modo se resolvería la cuestión de Oriente, tal como la había planteado, pero tenía el firme propósito de aprovechar y aun provocar las ocasiones que le permitiesen realizar sus designios, y desde mil ochocientos quince tornaba sus ojos á Constantinopla, con tanta insistencia, que la Puerta y las potencias interesadas en defenderla se sentían alarmadas con razón.

Según queda indicado, la publicación del tratado de la Santa Alianza, que parecía excluir al Imperio otomano del concierto europeo, inquietó al gobierno de Constantinopla, que pidió explicaciones á los gabinetes de Viena y Londres, las cuales no le tranquilizaron sino á medias. Entonces dirigióse al Czar; mas las seguridades pacíficas que le dieron en San Petersburgo, no le ocultaron los peligros que le amagaban. ¿Cómo, en efecto, creer en la sinceridad del Emperador de Rusia cuando se le veía mantener en pie de guerra su formidable ejército, no obstante haberse ajustado la paz general? A fines de mil ochocientos diez y seis, tenía seiscientos cuarenta mil hombres prontos á entrar en campaña, y además de negarse á ejecutar varias cláusulas del tratado de Bukarest por estimarlas onerosas, sobre todo la concerniente á la evacuación de algunas plazas fuertes que guarneecía en el mar Negro desde mil ochocientos doce, acusaba con acritud á la Puerta de no cumplir sus compromisos, reclamaba su derecho á un camino militar al sud del Cáucaso y pedía la concesión de las libertades prometidas á los servios. El embajador Stro-

gonoff, recién llegado á Constantinopla, iniciaba nuevas negociaciones acerca de los distintos puntos en litigio, usando un lenguaje altanero é imperioso. Mahmud, cuyo reinado había sido hasta entonces relativamente feliz, no se encontraba dispuesto á doblegarse á las exigencias moscovitas. De consiguiente, era difícil que los dos gobiernos se entendieran; pero aun estando ambos determinados á no ceder, ninguno quería asumir la responsabilidad del rompimiento completo. En el entretanto que se le presentaba la ocasión de poder obrar, el autócrata ruso contentábase con tener pendiente la querrela, no entrando en su interés ni siendo su intención terminar amistosamente un debate de que se prometía excelentes pretextos para la guerra. Aumentaban las aprensiones del turco la favorable acogida dispensada en San Petersburgo á ciertos agitadores, que trabajaban sin rebozo para sublevar á los cristianos sometidos al sultán. Kara Georges, jefe de la insurrección servia, expulsado de su país en mil ochocientos trece, estuvo en la corte de Rusia un invierno entero. Los dos hermanos griegos Ipsilanti, que debían dar la señal de la revolución helénica en mil ochocientos veintiuno, desempeñaban el cargo de ayudantes de campo del emperador Alejandro, de quien era ministro el corfiota Capo de Istria, entregado en cuerpo y alma á la obra de la emancipación de su patria. Bajo los auspicios de este diplomático, tal hábil como activo, había tomado notable incremento, la *Heteria de los filicos*, vasta asociación creada en Odessa en mil ochocientos catorce, por tres comerciantes griegos, cuyo fin nacional y político era levantar un imperio helénico, con Constantinopla por capital, aunque sus fundadores se escudaban detrás de un objeto análogo al de la sociedad filomúsica. Los filicos imitaron la organización de la francmasonería, no sabiendo los mismos iniciados quién llevaba la dirección suprema de la sociedad. El Czar aparentaba ignorar la existencia de ésta, pero la conocía perfectamente y la fomentaba, tanto que, en mil ochocientos diez y seis, Scufas, jefe de la Hetería, pudo trasladar al centro de sus operaciones á Moscou. Por este tiempo, el servicio Kara-Georges, agradecido á las atenciones que encontrara en San Petersburgo, entró al servicio de los heteristas, que le proporcionaron medios de regresar á su país; no bien, sin embargo, hubo puesto la planta en él, su rival Miloch, que no quería cederle su puesto, le hizo asesinar, enviando su cabeza, como trofeo á Constantinopla. No desalentó semejante contratiempo á los filicos, que trataron de ganar á su causa al mismo Miloch; pero este jefe, prudente y egoísta, acogió con mucha frialdad sus insinuaciones. La sociedad secreta helénica, á pesar de ello, siguió creciendo. Sus diarios, sus folletos, sus libros, preparaban casi sin disimulo la insurrección de Grecia. Agentes rusos recorrían la Morea y las Cicladas. Los patriotas griegos acudían á Rusia para pedir instrucciones, á proponer sus planes. En suma, las disposiciones de Alejandro respecto á Turquía no podían ser un misterio para ninguna de las cortes europeas.

De estas, las más desasogadas con la conducta de Rusia eran Austria y la Gran

Bretaña. El gabinete de Viena, que ya estaba intranquilo por el hecho de ocupar Rusia las bocas del Danubio, miraba con creciente sobresalto extenderse la soberanía rusa á lo largo de las riberas de dicho río, y no perdía de vista los manejos del gobierno de San Petersburgo para promover una insurrección general de los griegos, capaz tal vez de producir el anonadamiento del poder musulmán en Europa. Gentz, el hombre de confianza de Metternich, seguía activa correspondencia con los hospodares de Valaquia; denunciaba indirectamente á la Puerta las maquinaciones moscovitas, y la ponía en guardia contra cualquier acto imprudente ó temerario. Los avisos de Inglaterra eran aun más apremiantes, pues los políticos británicos educados en la escuela de Pitt estimaban que el interés de su patria exigía la conservación del Imperio otomano. Por esta causa, lord Castlereagh, ministro de Negocios Extranjeros en Londres, se aplicaba á descubrir los designios secretos de Alejandro acerca de Turquía. Algún trabajo le costaba hacerse oír del gobierno del sultán, receloso, fiero y poco satisfecho con que Inglaterra se hubiese apoderado de las Islas Jónicas; mas aunque Mahmud no se resignara á reconocer como legítimo el establecimiento de aquella potencia en Corfú, comprendía, empero, cuán útil era á su país semejante vecindad. Las islas Jónicas, en efecto, venían á ser á modo de puesto avanzado, que daba facilidades á los ingleses para vigilar muy de cerca los subterráneos trabajos de Rusia en las poblaciones cristianas de la Puerta, y les permitirían intervenir rápidamente, si llegaba el caso, en el momento oportuno. Nada de esto era ignorado por el Czar, quien, debido á ello evitaba romper brusca y prematuramente con Turquía.

Vengábase Rusia de Inglaterra, suscitándole dificultades en todas partes por medio de su diplomacia. Así, por ejemplo, afectando un celo muy molesto para los ingleses, llamaba la atención de las potencias acerca del deber que tenía «la gran familia cristiana» de reprimir el bandidaje marítimo ejercido por los piratas berberiscos en el Mediterráneo, desde hacía siglos. El gabinete de Londres nada podía objetar; pero siendo los berberiscos súbditos de la Puerta, el acto de atacarlos tal vez se interpretaría como preliminar de la cruzada contra los turcos. De muy buena gana se habría encargado Inglaterra de ejecutar por sí sola la obra propuesta por Alejandro; mas éste reclamaba en alta voz la honra de cooperar á ella, y hasta proponía, en mil ochocientos diez y seis, que Europa entera se apercibiese á combatir á los corsarios, diciendo que, si la Puerta no prestaba garantías suficientes contra los Estados berberiscos, era menester que las potencias se aliaran y, sin más preámbulo; reputasen *casus fœderis* cualquier armamento de aquellos y destruyesen su material de guerra, así como cualesquiera medios, debidos á la naturaleza ó el arte, con que contaran para rehacerse. De las palabras de Alejandro se desprendía claramente su intención de ocupar algunas posiciones dominantes en el Mediterráneo. Ahora bien, por nada del mundo quería consentir la Gran Bretaña que las flotas

rusas surcasen este mar, y menos aún que plantaran su pabellón en sus islas ó riberas. Subieron de punto las alarmas del gabinete de Londres con el rumor difundido en Europa, en mil ochocientos diez y siete, de haberse obligado nuestra patria, por un pacto secreto, á entregar á Rusia la formidable posición de Mahón, que Inglaterra había detentado varias veces y de cuya pérdida no se consolaba. La inquietud propagóse á Viena, y se pensó en formar una coalición, donde entraran Inglaterra, Austria y Prusia, á fin de oponerse, hasta valiéndose de la fuerza, á la política invasora de San Petersburgo. Interrogados los ministros rusos, negaron la existencia del tratado; algo, sin embargo, parece que hubo. De cualquier modo, Alejandro, temeroso de provocar la disolución de la Santa Alianza, retrocedió, buscando otros medios de quebrantar el poder y contrariar las aspiraciones de la monarquía británica.

Tatischev, embajador ruso en Madrid, se había ganado la voluntad de Fernando VII aprobando su execrable política interior y prometiéndole el apoyo del Czar, en la lucha que sostenían las colonias españolas de América contra la metrópoli; porque aquellas apartadas regiones continuaban convertidas en campos de guerra y de discordias. Fernando VII, á su regreso á España, había escrito á los americanos participándoles las laudables intenciones de que aparentaba estar animado y la próxima convocatoria de Cortes, en que les ofrecía reservarles la debida representación; los insurrectos, que conocían la condición del Rey, no se fiaron de sus blandas palabras, y el fuego de la rebelión cundió y se avivó, en lugar de apagarse. Entonces, el gobierno de Madrid envió á América una expedición, á las órdenes de don Pablo Morillo, compuesta de diez mil hombres de buenas tropas, provistas de artillería y de todo lo necesario. Otros dos mil quinientos hombres se embarcaron al propio tiempo con dirección á las provincias sublevadas, mandados por don Alejandro de Hores y don Fernando Miyares, llevando consigo armamento para otros dos mil infantes y ochocientos caballos, y por un decreto expedido el nueve de Mayo de mil ochocientos quince, se dispuso la concentración en Andalucía de un cuerpo de veinte mil peones y mil quinientos caballos, con el tren correspondiente: los cuales debían también ir á Ultramar y operar allí, según lo requiriesen la necesidad y el estado de la guerra. Morillo consiguió señalados triunfos sobre los separatistas; pero los combates, aunque victoriosos, y las enfermedades diezmaron su reducido ejército, con lo que se detuvo el progreso de su armas: Bolívar, dos veces expulsado de Venezuela y otras tantas reaparecido, sostenía ventajosamente la campaña desde Caracas á Bogotá. Un congreso reunido en Tucumán, publicó, el nueve de Julio de mil ochocientos diez y seis, el acta de independencia de Buenos Aires erigiendo el nuevo Estado en República y elegido presidente de ella el magistrado Pueirredon, mandó á Chile un ejército expedicionario, capitaneado por el general San Martín, que salvó sin tropiezo la cordillera de los Andes y alcanzó contra el coronel don Ratael Maroto gran victoria en las inmediaciones del paso

de la Guardia, evacuando el brigadier Marco del Pont, al tener noticia de lo sucedido, la capital, donde entró San Martín ejerciendo durísimos rigores. En el Paraguay, el doctor Francia era independiente de hecho. El alto Perú estaba también en armas, y puede decirse que la bandera española casi no ondeaba pacíficamente sino en el bajo Perú, México y las Antillas. La plaza de Montevideo cayó en manos de los insurgentes de Buenos Aires, y, para mayor desgracia, los portugueses se apoderaron de ella, reteniéndola en represalias de conservar España á Olivenza y su territorio, á pesar de las gestiones practicadas por algunas grandes potencias á fin de inclinarla á restituirlos á Portugal.

Ocasión tenía, pues, Alejandro de mostrar su buena voluntad á nuestra patria, aunque los pasos que dió, encaminados aparentemente á la defensa de nuestro derecho, fueran sugeridos por las miras particulares que perseguía. En lo concerniente á Portugal, propuso que la Santa Alianza atacara y ocupase el territorio lusitano, que serviría á España de prenda ó compensación. No era posible que Inglaterra aceptara lo indicado por Rusia, que iba directamente contra sus intereses. Sabido es que Portugal estaba supeitado hacía más de un siglo, política y mercantilmente, á la Gran Bretaña. Abandonado de su gobierno, que se refugió en el Brasil en mil ochocientos siete, según se dijo á su tiempo, y aún continuaba allí, había sido defendido, cual si fuese una posesión inglesa, por las tropas británicas contra Napoleón, y actualmente lord Beresford regía el país con la autoridad de un verdadero virrey. No le convenía á Inglaterra que el gobierno del Brasil se fortaleciese adquiriendo nuevos dominios, con lo que quizás aspirara á emanciparse de la influencia de Londres, y por tanto, representó á la corte de Río-Janeiro acerca de la ocupación de la Banda Oriental, manifestándole que no aprobaba sus proyectos ambiciosos en la región de la Plata; pero, en cambio, expresó con tanta energía su oposición á cualquier ataque de que fuese objeto Portugal, que Rusia debió batirse en retirada. Respecto á los asuntos de América, Alejandro, apoyándose en la protección pedida á la Santa Alianza por Fernando VII, á instigación de Tatistcheff, contra sus colonos rebeldes, circuló un *memorandum* á las grandes potencias, procurando moverlas á adoptar medidas colectivas para restablecer la autoridad de la metrópoli en las provincias sublevadas. Inglaterra sintió la violencia del golpe; su política, en efecto, tendía, sin confesarlo, más bien á favorecer la independencia de la América española que no á contrariarla. Desde el siglo décimo-octavo, la Gran Bretaña se desvivía por arruinar el poder colonial de España siendo preferible para ella, que en vez de un imperio rival del suyo, hubiese en América multitud de pequeñas repúblicas, que podría hacer entrar fácilmente en la órbita de su influencia. Si Castlereagh y Liverpool, respetando el principio de autoridad ó acatando simplemente las conveniencias diplomáticas, no aprobaban de un modo ostensible la rebelión de los hispano-americanos, allá en el fondo de su alma, guiados por el interés egoísta de su patria, anhelaban con pasión el triunfo de los alzados. Re-

chazaron, de consiguiente, así la pretensión del Czar como la demanda de Fernando VII, limitándose á prometer á este último, como ya antes lo hicieran, la mediación particular de Inglaterra, aunque exigiéndole que devolviese Olivenza á Portugal y transformara sus colonias en uno ó varios principados independientes, regidos por individuos de su familia. Sabiendo que España desecharía indignada sus proposiciones, no concedió la menor importancia á los ofrecimientos que le hacía, sino que antes al contrario, desde entonces demostró más claramente las simpatías que le inspiraban los insurrectos. Rivadavia, encargado de negocios de la Confederación Argentina, era recibido en Londres como si representara un Estado ya reconocido. De la capital de Inglaterra se mandaba á los americanos socorros en dinero, en armas, en municiones, y de ella iban á engrosar las filas de los insurrectos numerosos voluntarios, á ciencia y paciencia del gobierno, que ninguna medida dictó para impedirlo, no obstante figurar entre los últimos el almirante Cochrane.

Por este lado, pues, como en los asuntos de Oriente, el gabinete británico neutralizaba los esfuerzos del emperador Alejandro; pero el aristócrata ruso, que parecía decidido á no dejarle momento de sosiego, aumentaba sus zozobras, lo mismo que las de Austria, estrechando de cada vez más sus relaciones con el gobierno francés. Personalmente, los Borbones no le agradaban, y tal vez habría visto con gusto á Luis XVIII reemplazado por otro príncipe. Nos referimos á Guillermo de Orange, hijo primogénito del rey de los Países Bajos, que algunos conspiradores franceses, refugiados en Bruselas en mil ochocientos diez y seis, querían dar por sustituto á Luis XVIII. Estaba casado Guillermo con la gran duquesa Ana Pawlowna, hermana de Alejandro, y los patrocinadores de su candidatura al trono de Francia esperaban que el Czar la apoyase, tanto que uno de ellos, el abogado Teste, fué á Varsovia y comunicó el quimérico proyecto al gran duque Constantino, por cuyo conducto llegó á conocimiento del Emperador, el cual prestóle alguna atención, no renunciando á él sino después de publicada la Ordenanza de cinco de Septiembre, de que más tarde hablaremos. Pero, prescindiendo de este plan irrealizable y de la antipatía con que miraba á los Borbones, deseaba Alejandro que el gobierno de la Restauración fuese bastante prudente, para no provocar nuevos trastornos interiores, y adquiriese en el exterior mayor fuerza y prestigio, de que él pensaba aprovecharse.

La lucha entablada entre las ideas antiguas y las nuevas, desde la aparición del orden de cosas creado en mil ochocientos quince, no presentó en ningún país incidentes ni tuvo resultados tan notables como en Francia. El seis de Julio de mil ochocientos quince había constituido Luis XVIII el ministerio Talleyrand Fouché, que representaban, según Cha-teaubriand, «el vicio y el crimen», respectivamente. Disuelta la Cámara, el gobierno decretó el licenciamiento del ejército del Loira; preparó listas de proscripciones en que, según Talleyrand, Fouché no olvidó á ninguno de sus amigos, y dirigió las elecciones de veintidós de Agosto. Impotente el ministerio para cumplir ninguna otra misión, debía